

BOLETIN MENSUAL DEL SANATORIO QUIRURGICO DE ALMAGRO

AÑO II

DIRIGIDO POR

NÚM. 7.

Huberto Dominguez López

MÉDICO DE LA CRUZ ROJA, EX-INTERNO DEL HOSPITAL DE LA
PRINCESA, EX-AYUDANTE DE LOS ILUSTRES CIRUJANOS
SEÑORES USTARIZ, BERRUECO Y BARRAGÁN.

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE LAS VÍAS URINARIAS

CONSULTA: DE 11 A 1.

*Honora medicum
propter necessi-
tatem.*

Honra al mé-
dico, porque tienes
necesidad de sus
cuidados.

ECL. (XXXVIII).

Las complicaciones
pulmonares del saram-
pión en los niños,
abren el camino de la
tuberculosis.

incom



ALMAGRO I.º DE MARZO DE 1924

TIPOGRAFÍA DEL ROSARIO - ALMAGRO

S. Luna Lopez

BOLETIN MENSUAL DEL SANATORIO QUIRÚRGICO DE ALMAGRO

Director: **Huberto Domínguez López**, Especialista en enfermedades de las vías urinarias

Este BOLETIN se reparte gratis entre la clase médica. -- Toda la correspondencia al Director

CAMINO DEL IDEAL

Ya durante mi azarosa vida de estudiante, cuando sólo por su aspecto exterior y muy incompletamente además conocía la medicina, empezó a tomar cuerpo en mi cerebro la idea de que, el ejercicio profesional, no debía ser tan agradable, sugestivo y atrayente como a primera vista parecía.

Fuí haciéndome cargo de que la medicina es una profesión que se prodiga mucho, y todo lo que se prodiga mucho tiene un gravísimo inconveniente: su misma prodigalidad. El médico tiene la ineludible obligación de estar constantemente en contacto con todas las clases sociales, y un ser culto que no puede limitar el trato social a sus deseos, o a sus afinidades, que tiene que tratarse con todos, que a todos tiene que atender, que de todos tiene que vivir y sobre todo que, «con todos tiene que tener cuentas», no puede por menos, aunque sea un santo varón más paciente que Job, que empezar por tener algunos roces con sus vecinos, roces que más adelante se convertirán en polémicas que, andando el tiempo, terminarán por ser enemistades furibundas.

Esto que ya vislumbraba yo antes de ejercer, lo ví plenamente comprobado al poco tiempo de comenzar mi ejercicio profesional. Además, la índole de la profesión y la incultura de la mayoría de la gente, hace que no todos queden satisfechos de la actuación del médico, lo que viene a aumentar el número de enemigos.

Por un sinnúmero de razones, estos enemigos del médico tienen forzosamente que ser los más obtusos, los más atrasados, los más incultos, los más desagradecidos, y por lo tanto los más temibles en un sentido; en el sentido de su tenacidad en tratar de perjudicarlo. Para un ser sin sentido común no valen razones. Han de deber al médico la vida suya, o la de sus hijos, o la de su familia toda y sin embargo ellos siguen en sus trece, siempre hablando mal, siempre mortificando, siempre escupiendo por su boca la ponzoña fabricada en las tenebrosidades de su alma.

Librarse de estos seres, he creído siempre que constituiría el ideal de los médicos, y lo sigo creyendo. Pero entre las varias razones que dificultan la realización de este ideal, hay una que, aunque rutinaria y falta en absoluto de fundamento, de lógica y hasta de equidad, suelen presentarla como fundamental, sobre todo esa caterva de desaprensivos frescos, para ponerla en práctica cuando así conviene a sus particulares intereses; es la invocación a la caridad y a los buenos sentimientos, cuando el médico se niega a prestar asistencia a un tramposo o a un desagradecido.

Se da frecuentemente el caso de ir a buscar al médico uno que no le ha pagado en su vida y que además le ha quitado el pellejo a todas horas, y si el médico en uso de su perfecto derecho, y en defensa de sus sagrados intereses, le niega la asistencia o le exige que le abone anticipadamente el precio de su visita, el aludido «fresco» y los «compasivos hipócritas» que suelen co-

rearle, y que no han hecho, ni son capaces de hacer en su vida la más insignificante obra de caridad por cuenta propia, acostumbran a exclamar escandalizados: «¡Qué falta de caridad!»

Con que falta de caridad, ¿eh? No exagerar y vamos a cuentas. A lo sumo estaremos a la par, con la ventaja por parte nuestra, de que nuestra actitud, es obligada consecuencia de otra parecida, tomada anteriormente con nosotros sin causa ni razón que lo justifique. El cliente que no paga al médico su trabajo, es un ser que tiene la «poca caridad» de no importarle un bledo que este pobre médico se muera de hambre. ¿No es así? Creo no habrá nadie que se atreva a negar esta verdad. Pues bien, de aquel que nada le importa que yo me muera de hambre, me importa a mí poco más o menos lo mismo que se muera de una pulmonía, pongo por caso; y aun le hago un favor, ya que la muerte por hambre es mucho más cruel que la muerte por pulmonía; en ésta el martirio es más corto, lo que constituye una gran ventaja.

Cuando yo no conocía a cierto público tan a fondo como ahora le conozco, caí alguna vez en el lazo de la invocación a la caridad, creyendo al menos que ya que no me pagaban me lo agradecerían. ¡Craso error el mío! Aquellos a quienes serví gratis, por caridad, por amistad (1) o por caballerosidad, no entendían por lo visto de estas cosas, viniendo con su proceder a poner

(1) No alarmarse los buenos amigos que aun tengo. La selección se ha hecho por sí sola. Se ha separado la inmundicia.

en acción aquel refran que dice. «Cría cuervos»...

Y yo que no sé mentir, que no soy hipócrita y que digo las cosas como las siento, me llamé pronto a engaño, y empecé a hacer saber a la gente que el Título de Médico que poseo y que conseguí a fuerza de trabajos, cuya divulgación no me deshonra, lo dedico de modo preferente a salvar mi vida y la de mi familia, no a salvar la de esa multitud de frescos, hipócritas y soberbios que se creen que todo lo merecen y que el esfuerzo de los que trabajamos toda nuestra vida debe estar a su disposición.

Por este procedimiento voy logrando arrojar el lastre inútil, quedándome con la clientela de seres razonables y de sentido común que pagan, agradecen y están satisfechos. También yo lo estoy, tanto de ellos como de mí mismo. Siempre ha constituido mi ideal tener una clientela, no de pudientes, sino de seres dotados de gratitud y de sentido común; y lo voy consiguiendo.

H. DOMINGUEZ

Llega a nosotros la noticia de que algunos eaciques de este pueblo andan ya por ahí en busca de Médico. ¿Otra vez? ¡Ojo compañeros! Antes de contestar, consultad al Colegio.

Rotura del útero durante el trabajo del parto

La circunstancia de ser este el único caso de rotura del útero por mí observado, cuyo diagnóstico hube de hacer tan a la ligera como por su descripción podrá apreciarse, me induce a dar cuenta de él, si quiera sea en la forma brevísima que puede hacerse, por tratarse de un caso en el que, desgraciadamente, mi actuación fué sólo obra de algunos minutos.

A las seis de la tarde próximamente, fui avisado con toda urgencia para asistir a una enferma que llevaba algunas horas de parto y que en pocos momentos se había agravado de modo extraordinario.

Trasladado a la casa me encontré con el siguiente cuadro: Mujer de unos treinta y tantos años, múltipara, cuyo embarazo actual se había deslizado al parecer, normalmente, y digo al parecer porque siguiendo la tradicional costumbre de por esta tierra, durante su curso no se había practicado ningún reconocimiento, ni se había analizado lo orina una sólo vez, ni se había hecho nada en fin; aquí las embarazadas no se ocupan para nada de su embarazo mientras no sienten molestias, así que hay veces que en los partos se encuentra uno cada sorpresa que horroriza. El aspecto de la pobre enferma no podía ser más inquietante; se encontraba realmente en estado pre-agónico; cara hipócrática, respiración estertorosa, etc. Por los datos que pude adquirir a la ligera de las personas que la acompañaban, resulta que empezó el parto a las diez de la mañana, con rotura espontánea de la bolsa, dolores normales y frecuentes y buen estado general, lo que hizo suponer a los circunstantes que se deslizaría todo felizmente como en los casos anteriores; pero lejos de suceder así, el trabajo del parto se fué haciendo pesado, las contracciones se iban distanciando, y la paciente iba perdiendo fuerzas por momentos, a pesar de que la mujer que la asistía aseguraba que todo venía felizmente. Por fin se le presentaron unos dolores agudísimos en el vientre, los que al poco tiempo colocaron a la enferma en el estado alarmante en que se encontraba y que hizo a la familia salir a la carrera en busca del médico.

Mientras esto me contaban, y aseptizando mis manos como pude con los escasísimos medios que allí había, teniendo en cuenta la urgencia del caso, me dispuse a reconocer a la parturiente, habiéndome cuidado antes de mandar por suero, caféina, etc. para utilizarlo apenas llegase.

Al destapar a la enferma lo primero que me sorprendió fué la forma del vientre; parecía un cono, es decir, parecía que el feto estaba allí sentado y cubierto con la piel del vientre de su madre; esta era la impresión que producía. Hecha la palpación se tocaba perfectamente la cabeza cubierta por una delgadísima capa de tejido, la piel nada más; y en los alrededores unos cruji-dos crepitantes muy característicos.

Yo no había visto nunca un caso de rotura de útero, pero por los pocos síntomas recogidos, pensé que aquello no podía ser otra cosa; la matriz se había roto por su cara anterior en el segmento superior y por el hojal había pasado la cabeza del feto o acaso todo él, a la cavidad abdominal.

Como la enferma estaba agonizando, pensé dar por terminada mi obra, ya que nada podía hacer en beneficio suyo y menos allí que no había medios de ninguna clase, pues ni el suero había llegado aún de la farmacia; pero la curiosidad y mi buen deseo, me hicieron continuar. Al entrar la mano en la vagina me encontré con otra sorpresa; allí había un pié; busqué rápidamente el otro y en menos de tres minutos quedó extraído el feto; a continuación

hice el alumbramiento artificial, al terminar el cual terminaba también la vida de la pobre enferma. Durante estas operaciones, en las que invertí menos tiempo que se tarda en referirlas, sólo salieron por la vulva unos gramos de sangre, muy pocos.

A pesar de que la vida de la enferma había terminado, volví a introducir la mano para cerciorarme del diagnóstico que había hecho, y en efecto, me encontré con un ojal en la matriz por el que entré la mano con toda facilidad a la cavidad abdominal, donde encontré una gran cantidad de sangre coagulada, que era la que producía la crepitación característica que había apreciado antes por palpación.

Este es sencillamente el caso, que como todos no deja de tener provechosas enseñanzas. ¿Qué había pasado allí? Lo primero, que durante el embarazo no se había reconocido a la enferma, no habiéndose podido comprobar por lo tanto la posición del feto, para corregirla si era posible o para estar prevenido, si no lo era, en el momento del parto. La anormal presentación hizo que el útero ejecutase un trabajo excesivo, superior a sus fuerzas y que debilitadas sus paredes, acaso por faltas cometidas en embarazos y puerperios anteriores, no pudieran ofrecer más resistencia y cedieran. Esta rotura uterina, fué causa de la hemorragia-interna que determinó la muerte de la enferma. Esto fué todo. ¡Cuántas mujeres, de todas las clases sociales, mueren de esta o parecida forma! ¡Por abandono, por negligencia, por atraso, por incultura..!

En presencia de este caso, y recordando los tratamientos clásicos, que muy superficialmente conocía, por lo poco frecuente que es tratar enfermas de estas condiciones, reflexioné que, todos los conocimientos médicos habidos y por haber, son absolutamente inútiles en estas circunstancias, si no tenemos con anterioridad educado al público a colaborar en nuestra obra. ¿Qué hubiera hecho Cospedal o Recasens o cualquiera otro ginecólogo eminente en presencia de esta enferma? Lo que yo. Contentarse con verla morir en un cuarto de hora. La actuación de un sabio con todo su bagaje científico y la mía con toda mi ignorancia hubieran resultado iguales.

Y es que, como estoy diciendo desde que soy médico y no me canso de repetir, la obra que debe hacerse entre dos, no puede hacerla uno sólo; y la medicina es ciencia que se encuentra en este caso. ¿De qué sirve un buen médico a un mal cliente? De nada. ¿Qué servicio puede hacer a un buen cliente un mal médico? Ninguno. Para que la labor científica resulte útil, beneficiosa y fecunda, han de ser buenos necesariamente el cliente y el médico, y como el cliente procede del público, de ahí que, mientras el público no esté educado, la labor del médico será ilusoria y fantástica la mayoría inmensa de las veces.

Por eso mi constante manía de educar al público, porque estoy convencido de que si la clientela a quien visito es culta y

está bien educada médicamente, seré un médico regular siquiera; en cambio si tengo una clientela de salvajes, aunque fuera un sabio eminente, mi actuación sería desastrosa; la barbaridad de mi clientela anularía mi labor y esterilizaría toda mi ciencia.

Esta es la razón de que, muchos médicos charlatanes, que cifran todas sus esperanzas y confían todos sus éxitos, en aprovecharse de la incultura de sus clientes a quienes embaucan con sus fantásticos charlataneos, sean considerados por mí como los más perniciosos enemigos de la clase y de la humanidad, además que, como unos solemnes majaderos que no reflexionan que escupiendo al cielo les cae la saliva encima: así están ellos de sucios.

Si la humanidad estuviera bien educada higiénica y médicamente por nosotros, las embarazadas sabrían que deben acudir al médico cuando su embarazo empieza, para que analice su orina, observe la marcha del embarazo, reconozca los órganos genitales, aberigüe la posición del feto, compruebe los diámetros pelvianos, aseptice los genitales externos, dirija en fin, científicamente la gestación. De este modo no presenciáramos estas tristes escenas como la que ha dado lugar a la exposición del caso relatado.

H. DOMINGUEZ

Todo el que habla mal de un médico es porque le debe algo, o gratitud o dinero. ¡Ojo pues, compañeros! Yo acostumbro á mirar con mucho recelo al que intenta agrardarme hablándome mal de otro compañero.

¡UNA GRAN VERGÜENZA!

Que no debemos consentir los médicos ni las personas decentes de Almagro

El día 6 del actual se cumple el año del fallecimiento de nuestro infortunado compañero D. Eugenio Quesada; de aquel distinguido paisano que empezó el ejercicio profesional teniendo la desgracia de ser cazado incautamente por unos caciques; que durante su efímera vida, fué incura y despiadadamente explotado por ellos, y que por ellos es también olvidado y escarnecido hasta después de muerto, escarnio que para mayor sarcasmo ha venido a tener lugar en la venerable persona de su anciana madre.

Apliquen el oído los médicos jóvenes, los incautos compañeros para quienes los caciques suelen tener siempre colocada la red; los colegas necesitados para quienes también suelen tener preparado el anzuelo esta distinguida especie zoológica. El ca-

so, aunque pone el pelo de punta, es digno de atención.

Al morir el desgraciado compañero a que nos referimos, dejó pendientes de cobro, como a casi todos los médicos nos sucede, una respetable cantidad de minutas. Su anciana madre, sólo, inútil, enferma, hija también del pueblo por añadidura, se formó en su mente la quimérica ilusión, de que, conocedores de su situación angustiosa aquellos «entusiastas» clientes «admiradores» de su hijo, se desvivirían por abonarle los honorarios de los servicios que aquél les prestara, acudiendo en tropel a hacer efectivo el importe de sus minutas. Esto creía lógica y razonablemente la pobre señora, no sólo por suponer sería tenida en cuenta, como decimos, su triste y precaria situación, sino considerando también que un elemental deber de gratitud a la par que un acto espontáneo de obligada honradez, estimularía a aquellos clientes a saldar sus cuentas.

¡Pobre señora! ¡Qué mal conocía a sus paisanos! ¡Ahora ya sí los conoce! Apenas muerto su hijo, aquél pedazo de su alma que constituía su único sostén, lejos de suceder lo que ella suponía, en lugar de ver convertida en tangible realidad la ilusión que ella se forjara, se encontró con la triste novedad, de que no le pertenecía ni el instrumental quirúrgico que había en su despacho. Aquellas herramientas, aquellas armas que por una triste coincidencia de la vida, habían servido para hacer llegar diez y seis mil duros a manos de una familia, resultó que, pertenecían también en propiedad a la célebre familia de los diez y seis mil duros. No pudo segregarse de tan respetable suma, ni las mil ridículas y miserables pesetas, en que fué vendido dicho instrumental, fiado por cierto, para que de ellas se beneficiase una señora tan buena, tan honrada, tan necesitada, tan digna de lástima y tan merecedora de consideración, como era la desventurada madre del malogrado compañero. Con lágrimas en los ojos, mezcla de amargura, de pena y desesperación, tuvo que resignarse a ver salir de su casa aquellos instrumentos de los que su hijo se había servido en vida, por ser el único capital de que disponía, para allegarle el cotidiano sustento ¿Cabe acto más inhumano, mas ruin, más edificante!? ¡Pobre señora!

Privada así de todo medio de vida, absolutamente falta de recursos, decidió la desventurada mujer, ¡la madre del médico!, no olvidarlo, salir de puerta en puerta, con intención de ver si podía hacer efectivas las facturas que su hijo dejase sin cobrar, y que constituían ¡toda la herencia! ¡todo el legado! de aquel ser de sus entrañas, para con su importe, establecer una casa de huéspedes ¡para ganarse la vida! ¡Nuevo y lamentable error de aquella desgraciada! Olvidaba la pobre señora, que su hijo ya no podía ser útil a nadie, mejor dicho, ya no podía ser explotado por nadie, y que por lo tanto, los que le solicitaron de día y de noche, los que se beneficiaron de su profesión, los que le mataron

acaso con llamadas caprichosas e intempestivas a todas horas, los que le debían tal vez la vida y la salud y por los que él perdiera su salud y su vida, ya no se acordaban de él; ¡cómo iban a acordarse de entregar a su infortunada madre lo que él honradamente ganó con su trabajo, y que por lo tanto a ella legítimamente pertenecía! ¡Aquello ya pasó! ¡Aquella prematura muerte, fué el paño mojado que intentando borrar el pasado suponía el saldo de cuenta para los miserables! ¡La infeliz «heredera» continuó su odisea, apurando hasta el final el cáliz de la amargura, ante la impasible y desdeñosa mirada de los antiguos e hipócritas alabarderos de su infortunado hijo, regresando a su casa dolorida y maltrecha, dispuesta a vivir de la caridad de su familia o de las personas de buenos sentimientos!

Esta es la obra de aquellos caciques; de los que cazaron incautamente a su hijo con mentidas promesas; de los que le introdujeron en el pueblo en marcha semi-triunfal; de los que le adulaban hipócritamente para explotarle; de aquellos caciques que tan magistralmente le describí en más de una ocasión, yo que los conocía. ¡Si naciera otra vez, o si desde aquel mundo viera esta vida, cómo recordará aquellas palabras mías, pronunciadas pocos días antes de la horrenda tragedia que volvió a separarnos definitivamente! ¡Con cuánta amargura las recordará! Él, que seguramente no las creía, o las creía exageradas.

Ahora puede usted también, señora, contemplar en toda su magnitud, esta espeluznante obra caciquil. ¡Usted que de seguro me habrá maldecido tantas veces, cuando no me conocía, embaucada por las falsas y malintencionadas referencias de estos reptiles...! Pero por desgracia para usted ha llegado la hora del reconocimiento de la verdad, hora que siempre llega, hora que el tiempo se encarga de traer. ¡El tiempo y yo, señora, hemos vencido! ¿A quién maldice usted ahora? ¿A quién?... ¡A nadie! Siga usted mis consejos... No honre usted a ciertas gentes maldiciéndolas... Una maldición en boca de una santa, es un honor para quien va dirigida... ¡Desprécioslos! ¡escúpaless! ¡Es lo que merecen!

Por lo que a V. se refiere voy a decir también lo que en mi concepto se merece. Usted señora, es merecedora en atención a sus años y a su bondad, de disfrutar una vida tranquila, teniendo aseguradas en su angustiosa vejez un lugar en una mesa y una habitación confortable. Si aquellos que se sirvieron de la ciencia de su hijo se lo niegan, negándole lo que él legítimamente ganó, yo se lo ofrezco. Mi ofrecimiento es sincero, es espontáneo, es noble. Acéptelo usted. Tal vez la presencia de V. en mi casa, sirva para honrar la memoria de mi madre, para avivar si cabe, el inextinguible recuerdo de aquella otra santa que no tuvo la desgracia que usted, que terminó plácidamente la vida sin verse en el duro trance de contemplar cómo los beneficiados por su hijo le negaban en

su soledad lo que él había ganado. Aquí tiene V. pues abiertas de par en par las puertas de esta casa, de la casa de un pobre compañero de su hijo, pero donde encontrará un mundo de riquezas, ya que por suerte para mí, mi pobreza material hace contraste con mi riqueza de sentimientos. ¡Qué miedo debe dar, tener un alma tan ruín como la de los que la abandonan en su desgracia, como la de los que le niegan lo suyo!

Y por lo que a éstos se refiere, también voy a exponer mi opinión. Creo que si los médicos que aquí ejercemos, tenemos vergüenza, honradez, y buenos sentimientos, no debemos en modo alguno prestar asistencia facultativa a ningún deudor de su hijo, sea éste quien fuese, mientras no hayan saldado la cuenta con usted, labor en la que creo debemos ser ayudados por las personas decentes del pueblo. Es lo menos que por V. debe hacerse.

Los compañeros y las personas decentes tienen la palabra.

HUBERTO DOMINGUEZ.



ACLARANDO UNA NEBULOSA

Desde su publicación en el número tres de este BOLETÍN, son varias las personas que se han dirigido a mí preguntando a qué se refiere la «Carta abierta» dirigida a D. Antonio Almansa.

Si no en totalidad, porque no quiero citar nombres, en parte al menos, voy a satisfacer esta curiosidad.

Para nadie del pueblo es un secreto, que D. Antonio Almansa, Médico militar retirado, «y sin ejercicio», sea por afición, sea por distracción, por caridad o por compromiso, es lo cierto que, toda la vida ha venido asistiendo a quien ha solicitado su concurso, sin que ninguno de los compañeros que en la localidad ejercemos nos hayamos molestado por tal proceder; al contrario, alguno hasta lo ha requerido para ver algún enfermo, buscando en su reconocida competencia un poderoso auxiliar. Yo no; yo como en la carta decía, con tal veneración, con tal respeto le he tratado siempre, que no me he considerado con títulos suficientes para dirigirme a él, en solicitud de auxilio o cooperación; no le he solicitado ni le he rechazado. Solicitarle, no me era posible, porque no siendo médico en ejercicio, tal requerimiento sólo puede hacerse a título de favor, y mi con-

fianza con dicho señor no era para tanto; rechazarle, ¡ménos! ¡Cómo rechazar el concurso de quien tantos motivos de admiración y respeto tiene para mí!

En estas condiciones, sin ejercer oficialmente la profesión, sin estar colegiado, sin tener patente, sin ser médico, en una palabra, (en ejercicio se entiende) ya que no basta poseer un título y ser muy competente para ejercer una profesión, sino que es necesario además cumplir con la Ley, y tanto menos está autorizado para colocarse fuera de ella, cuanto más cultura y más relieve tenga el profesional; en estas condiciones, repito, sin contar con nosotros, que aunque más humildes y modestos también somos médicos y en mi concepto dignos también de respeto, siquiera sea en justa reciprocidad a nuestro comportamiento, se prestó a hacer una suplencia en excepcionales circunstancias.

Esta actitud, esta falta de consideración hacia nosotros, nos contrarió a todos, mejor dicho, nos amargó; amargura que no fué ocasionada por tal suplencia, sino por la jactancia que dicho acto suponía. Si hubiera sido médico en ejercicio, no nos hubiera chocado tanto, pero si no lo era, si no lo es, ¿cómo no había de sorprendernos?

Sobre todo a mí, que tan a punta de lanza llevo el respeto al compañero por donde quiera que voy; que he tenido dis-

— 12 —

más que por lo que quiere a mi sobrina...

D.^a ELOIS. Pues ya has oído mi consejo. Lo primero tu salud... Tu hermana podrá hacer de su capa un sayo, mandar en su casa, disponer de su salud, de su vida si quiere; pero de tu salud y tu vida debes disponer tú... Mejor dicho, ni tú siquiera... La vida nos la dá Dios y sólo la obligación de conservarla y defenderla tenemos nosotros, hasta que El disponga de ella...

EMILIO. Bien, bien. Ya estoy resuelto. (Va a levantarse D.^a Eloisa) Espera, espera. Aún no he terminado. Tienes que hacerme un favor.

D.^a ELOIS. Tú dirás.

EMILIO. Avisar a mi sobrina. Decirle que necesito hoy mismo hablar con ella.

D.^a ELOIS. Inmediatamente cumpliré tu encargo.

EMILIO. Que no deje de venir hoy mismo.

D.^a ELOIS. Si, si, descuida que apenas llegue a casa la mando llamar (Se levanta)

EMILIO. ¡Antonia!

D.^a ELOIS. ¿Quieres algo?

EMILIO. Que te acompañe

D.^a ELOIS. No es necesario... Que descanses... Quiera Dios que te vea pronto restablecido... Adios... y no seas débil.. Ten energía con tu hermana si trata de imponerse... ¡Que acaso vaya en ello tu vida! (Váse foro).

— 9 —

EMILIO. (Terminando de tomar el caldo) Pues verás.

ANTONIA. Le traigo un poquito Jerez?

EMILIO. No, no quiero Jerez.

ANTONIA. Pues si necesita algo avísame, que por aquí estoy. (Váse foro).

ESCENA CUARTA

(D.^a ELOISA, EMILIO)

EMILIO. Creo que te he referido alguna vez, que tenía un bulto desde hace mucho tiempo... aquí en un lado..., en el izquierdo...

D.^a ELOIS. Sí lo recuerdo. Y recuerdo también que siempre que me has hablado de eso te he contestado que te viera un médico.

EMILIO. Ese es el caso, que no quiero médicos... Yo no he estado nunca enfermo y tengo mucha prevención a los médicos...

D.^a ELOIS. Emilio, que tu padre era médico:

EMILIO. No importa... En realidad a lo que tengo prevención es, a que quieran pincharme... A eso tengo mucho miedo.

D.^a ELOIS. Y si hace falta...

EMILIO. Por eso tengo más miedo, por si hace falta... Soy muy cobarde... El caso es que esto ha crecido bastante, que desde hace cerca de un mes me molesta mucho, que desde ayer no puedo ya ni sentarme y

gustos con algunos amigos en Bolaños, porque al pedirme que los visitase, encontrándome en el pueblo, he contestado firme y rotundamente, «que yo allí no soy médico, que para entrar a visitar a una casa, tengo que hacerlo en Consulta y del brazo del compañero que en el pueblo ejerza», como puede atestiguar D. Ricardo Serrano; que en Calzada, donde voy con frecuencia por tener allí familia, me ha sucedido igual y que ni aún a esta familia visito sin ser en Consulta con D. Andrés Goerlich, que es su médico, como puede atestiguar éste y los otros compañeros. Pensando de este modo, ¿cómo no había de sorprenderme, contrariarme y amargarme la conducta seguida por el compañero D. Antonio Almansa, ilustre médico militar retirado de la profesión?

Ante este hecho tan insólito, solicité del compañero D. Antonio Hernández, firmase conmigo una protesta dirigida al Colegio, pidiendo que este Centro requiriese al compañero Almansa, para que se colocase en condiciones de ejercer la profesión, colegiándose y proveyéndose de la correspondiente patente. Creo no podrá decir nadie que solicitábamos ninguna arbitrariedad, ninguna ilegalidad, que pretendíamos ningún privilegio.

Este hecho fué el que molestó al respetable e ilustrado compañero D. Antonio Almansa, dando motivo al alegato publi-

cado en TIERRA HIDALGA, molestia que nos sorprendió en extremo, por la razón siguiente: Nosotros no pretendíamos ni esperábamos que dicho compañero se colegiase, ni solicitáse patente, ya que su posición social, le permite vivir con independencia sin ejercer la profesión; lo que sí esperábamos de tan pundonoroso y digno militar, es, que al recordarle el Colegio de médicos que actuaba fuera de la Ley, inmediatamente hubiera dejado de actuar, es decir, esperábamos que su honor militar hubiera sido el freno que, «ipso facto», suspendiese toda su actuación médica, al recordarle que actuaba fuera de Ley.

Lejos de esto, lo que hizo fué dirigirse al Colegio, manifestando que, «él no cobraba, que nadie podría decir había cobrado una peseta por visitar». Ante esta contestación hay que hacerle la justicia de creer que no comprendió la cortés y delicada invitación que le hizo el Colegio. Ni el Colegio, ni nosotros hemos dicho que cobra; lo que hemos dicho es que visita, y para visitar, sea gratis, sea con remuneración, hay que cumplir con la Ley. El farmacéutico que despacha una receta, no tiene que saber ni averiguar, si el médico que la suscribe cobra o no al cliente; lo que necesita saber, es, si éste médico está colegiado y paga patente: Que ha cumplido estos requisitos, pues la receta es válida; que no los ha cumplido, pues aquella

receta no tiene valor alguno.

Esta es la realidad. Esto ha sido lo sucedido. Allá pues el Dr. Almansa con su creencia, con su proceder y con su conciencia; yo sólo puedo decir que a este digno compañero, lo he respetado y lo respeto todo cuanto puedo, y me consta hacen lo mismo todos los demás. Creo si será respetar, no molestarse lo más mínimo, viéndolo ejercer libremente su profesión, sin estar colocado en condiciones legales para hacerlo. Si el Dr. Almansa no me ha comprendido, lamento mi mala suerte, pero no puedo evitarlo, ni he de pretender hacerlo. Soy respetuoso, sí, pero no con humillación, no con adulación, no con servilismo... ¡con dignidad!

H. DOMÍNGUEZ

NOMBRAMIENTO

Ha sido nombrado Médico Titular del vecino pueblo de Bolaños, el ilustrado profesor D. Arturo Ruano Montero.

Dados sus vastos conocimientos y afable trato es de suponer sea muy bien acogido entre los vecinos de este pueblo, lo que muy de veras celebraremos.

Reciba nuestra más cordial enhorabuena.

— 10 —

que la noche pasada me ha dado fiebre...
D.^a ELOIS. Pues decididamente, que te vea el médico.

EMILIO. Eso deseo yo, pero... es, que...

D.^a ELOIS. Que te falta decisión, que tienes miedo?

EMILIO. No, no es eso. Ya estoy decidido... Es... otra cosa...

D.^a ELOIS. ¡Ah, vamos!... Ya comprendo... El médico que tú quieres, es Alberto... y no te atreves...

EMILIO. Sí, yo si me atrevería, como que en realidad me está visitando así como si digéramos... por correo.

D.^a ELOIS. ¡Cómo por correo?

EMILIO. Que yo le mando a decir lo que tengo con mi sobrina...

D.^a ELOIS. Vamos, te visita de tapadillo. Eres un niño.

EMILIO. Y el hombre dice y con razón, que esto puede ser bueno o malo, pero que sin verlo, no puede decirme nada.

D.^a ELOIS. Naturalmente. Pues déjate de niñerías y avísale.

EMILIO. Eso pienso, pero mi hermana... Le tiene un odio mortal.. Por nada, después de todo... Tan sobrina es de ella como mía y ya ves lo que hago... La recibo con los brazos abiertos... La quiero mucho... Si después de todo dió ese mal paso, en

— 11 —

cambio le ha salido muy bien... El es una persona decente, es muy instruído. La quiere mucho... La considera...

D.^a ELOIS. Y de ese mal paso tuvo tu hermana la culpa... Quién le manda a sus años meterse en casorios... y con un hombre así... La abandonó..., la dejó en el arroyo... Yo hubiera hecho lo mismo... ¡No quiero hablar de esto!... ¡Me sublevo!...

EMILIO. Bueno, el caso es que yo no sé qué hacer, y te he llamado para eso.

D.^a ELOIS. Y qué quieres, ¿que te aconseje?... Pues mi consejo es, que lo primero de todo es tu salud.

EMILIO. Eso pienso yo.

D.^a ELOIS. Y que por lo tanto, debes avisar a Alberto enseguida... Ya ves lo que hago yo... Si reparase en las habladurías del mundo, no le llamaría, pero mi salud y mi vida son antes que todo. y en mi casa no entrará otro médico... Tu haz lo que quieras.

EMILIO. Pues le llamo. Tienes razón... Antes que todo está mi salud.

D.^a ELOIS. Además, que él es muy bueno, tiene muy buenos sentimientos. Tendrá sus cosas, mirará la vida como nadie, pero es muy buen médico y muy buena persona. A mí me es muy simpático.

EMILIO. A mí ¡también. Además, aunque no sea

SE VENDEN

Algunas obras de medicina, propiedad de la señora madre de un compañero fallecido. Por tratarse de una respetable señora, ya anciana y sin recursos, si a algún compañero aprovechan, haría una obra muy meritoria dando por ellas la mayor cantidad posible.

Las obras son las siguientes:

POZZI.—Ginecología, (2 tomos).

FAURE Y SIDEREY.—Ginecología, (4 tomos)

W. EBSTEIN.—Medicina clínica y terapéutica, (5 tomos).

LEJARS.—Cirugía de urgencia.

CAJAL.—Histología.

CAJAL.—Anatomía patológica.

CARPENA.—Antropología criminal.

INFORMES al Director de este Sanatorio.

El cliente que empieza adulando a un médico a quien no conoce, es un «lagarto» que trata de explotarle. ¡Abrid el ojo jóvenes compañeros!

PRODUCTOS IBYS

SUEROS, VACUNAS ESTUCHES PARA REACCIONES

SUEROTERAPIA ASOCIADA

BRONCONEUMOSERUM

(Suero neumo-diftérico optoquinado)

Suma a la acción de las ptomainas de origen equino y antidiftérico, la neumocócica y la quimioterápica de la optoquina, para todos los procesos bronco-pulmonares.

Modo de aplicación y dosis: Véase la instrucción.—Muestras y literatura a

IBYS

Bravo Murillo, 45, MADRID—Apartado, 897

Especialidades del Laboratorio **A. GAMIR** S. Fernando, 34.-VALENCIA

SIL-AL

SILICATO DE ALUMINIO FISIOLÓGICAMENTE PURO

Desinfecta, neutraliza, cauteriza y protege al estómago según las condiciones en que éste se encuentre al recibirlo. Con su uso cesan los dolores, los erupciones ácidos, los vómitos, se regulariza la digestión y aumenta el apetito.

INDICACIONES:—En todos los estados de hiperacididad e hipersecreción, ya sean de origen nervioso o dependientes de alguna lesión orgánica.

Dosis y modo de usarlo: Según indica el prospecto que acompaña a cada caja, salvo prescripción facultativa especial.

SIL-AL belladonado, para usar según prescripción facultativa.

PAPELES DE YHOMAR

Bacteroterapia láctica y antiseptia intestinal

Los papeles Yhomar están indicados en los desórdenes gastro-intestinales con alteraciones de la flora intestinal.

En las diarreas de los niños de pecho, que pueden evitarse usándolos como preventivo.

En las enteritis, aguda y crónica.

En la fiebre tifoidea.

En las afecciones cutáneas, dependientes de trastornos gastro-intestinales.

DOSIS: Tres o cuatro papeles al día; pudiendo tomarse en dosis mucho mayores, por carecer por completo de toxicidad.

BARDANOL

Indicado como insustituible en el tratamiento de todas las infecciones producidas por el Estafilococo, **Forúnculos, Antrax, Osteomielitis, Supuraciones del oído, etc. etc.**

Su acción es superior a la de todos los tratamientos hasta hoy conocidos, incluso al de Wrigth y Bedroka por las auto-vacunas sensibilizadas.

A las pocas horas de usarse desaparece o disminuye el dolor en los Forúnculos, Antrax, Erisipela, etc.

De sabor agradable y aromático.

DOSIS: Tres cucharadas al día, antes del desayuno, comida y cena. (Para variar estas dosis, consúltese con el médico.)

Aceite de Hígado de Bacalao

(según la F. E. de la Farmacia A. Gamir)

Aceite de Parafina

(según la F. E. de la Farmacia de A. Gamir)

Parafina líquida

Vaselina líquida

Sanatorio Quirúrgico de Almagro

Sección Económica Especial

para Enfermos Pobres

Teniendo en cuenta las dificultades que muchos enfermos tienen para trasladarse a Madrid a ser operados, o la natural repugnancia que les inspira el ingreso en un Hospital, hemos accedido al ruego que repetidamente nos han dirigido amigos y clientes y desde esta fecha inauguramos una Sección económica especial para los enfermos pobres, con sujeción a las bases siguientes:

Los enfermos que acrediten ser pobres con certificado de la Alcaldía del pueblo de su residencia y de su médico de cabecera, serán operados, mediante el pago anticipado de *doscientas cincuenta pesetas*, en cuyo precio va incluida la estancia en la clínica durante diez días, alimentación y cuantos medicamentos y maternales de curación sean necesarios.

Caso de necesitar algún operado más de diez días de estancia, abonará el exceso a razón de *cinco pesetas diarias*.

Teniendo en cuenta lo económico del precio, el ingreso en la Clínica se hará cuando el Director lo disponga, con el fin de practicar las operaciones en días determinados y con sujeción a un orden fijo que facilite el trabajo.

Para el ingreso en la Clínica, es condición indispensable haber sido reconocidos previamente por el Director.

Los enfermos que por virtud de su estado tengan dificultades para asistir a la consulta a ser reconocidos, podrán solicitar el ingreso por correspondencia, acompañando Diagnóstico de su enfermedad expedido por el médico de cabecera.

Horas de Consulta:—De 11 a 1.—
Días laborables.

AVISO IMPORTANTE

El ingreso en el Sanatorio puede hacerse con sujeción a las siguientes bases:

Sección de primera

En esta sección abonarán los enfermos anticipadamente el importe del precio convenido por la operación, los gastos del material quirúrgico y de curación invertido en la misma y diez días de estancia a ra-

zón de cinco pesetas diarias.

Sección económica

En esta sección, destinada a familias de clase modesta, abonarán los enfermos la cantidad de *doscientas cincuenta pesetas*, en cuyo precio va incluido la operación el material de curación invertido en la misma y diez días de estancia en la Clínica. Los enfermos que tuviesen necesidad de permanecer en la Clínica más de diez días, abonarán a razón de *cinco pesetas* cada uno que escudiese.

Sección gratuita para pobres

En esta sección abonarán los enfermos únicamente el importe de la estancia (cinco pesetas diarias), siendo gratis todo lo demás, (operación y material invertido).

Teniendo en cuenta, que esta sección está destinada a favorecer a los pobres únicamente, se advierte al público en general que, si se comprobare que se había beneficiado de ella algún enfermo de clase pudiente, se procederá contra él por vía judicial, cobrándole honorarios con arreglo a las bases de la sección primera.

TIP. DEL ROSARIO.—ALMAGRO

SUERO VEGETAL

(RADIOACTIVO)

Las madres agradecerán a usted que emplee las inyecciones absolutamente indoloras, insustituibles en el tratamiento de la **Tos ferina** y de toda clase de toses y disneas

STOMOPHILE

ESPECIFICO DE LAS HIPERCLORHIDRIAS

Dosis:—Un paquete diluído en un poco de agua, al final, o una hora después de las principales comidas. Tomar inmediatamente después, una infusión caliente (tila) manzanilla, hojas de naranjo o menta.)

LACTOPATOL

Alimento natural y científico para enfermos, convalecientes y ancianos.—Reemplaza con ventaja a la leche en los enfermos sometidos a régimen lácteo.—Se expende en botellines cerrados a la lámpara para evitar toda contaminación. :: :: **Dosis:** Las mismas que para la dieta láctea.

QUINBY

El tratamiento por excelencia de la sífilis.—Se usa en inyecciones intramusculares profundas, indoloras. No produce estomatitis ni reacción

LACTOPAIDOL

PARA LA CRIANZA DE NIÑOS DE PECHO Biberones con leche de la misma composición que la de la madre: cerrados a la lámpara, para evitar toda contaminación. :: :

RADIOPECTOL

ESPECÍFICO DE LA TOS

Elixir radioactivo de extraordinaria eficacia en el tratamiento de las enfermedades de la garganta y del aparato respiratorio: : : :

PANFEBRINE

Tratamiento del paludismo y de toda clase de fiebres.

LOS PEDIDOS, MUESTRAS y LITERATURA A

EDITORIAL PLUS-ULTRA

Argensola, 2.—MDRID.—Teléf. 26-80 M.